

sinatos, para ellos es un aristócrata; el que los aplaude es virtuoso. Nos apremian para que resolvamos por aclamacion sobre la suerte de Luis XVI, sin fórmulas, sin pruebas y sin juicio. Hacen circular infames libelos contra la Convencion y ridículos penegíricos del duque de Orleans. Excitan en las secciones nuevas insurrecciones como la del 10 de Agosto, y preconizan leyes agrarias. Los matadores del 2 de Setiembre, asociados con sacerdotes que se dicen patriotas, meditan y propagan listas de proscripcion. Hablan claramente de buscarse un jefe y un dueño á la república. El celo de semejantes hombres para pedir la muerte de Luis XVI me parece, lo confieso, muy sospechoso: quieren, con la precipitacion de un juicio que se pareceria á sus violencias, hacernos legalizar los asesinatos de la Abadía.

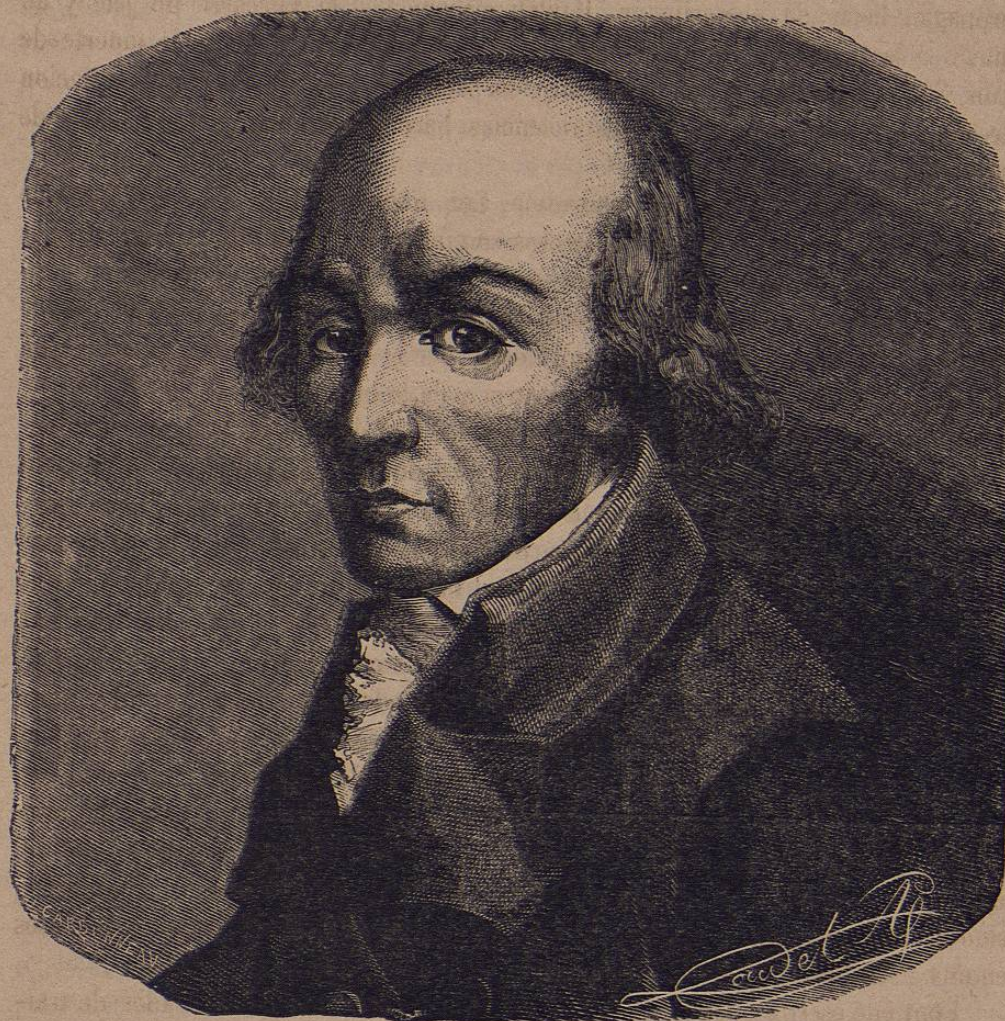
»Raras veces os escribo, perdonadme. Con frecuencia mi cabeza está llena de penosas ideas, y mi corazon de dolorosos sentimientos; apénas me queda muchas veces bastante fuerza moral para cumplir con mi deber. Vuestro juicio es mi consuelo. Libre, ya lo sabeis, de toda clase de ambicion, no teniendo pretensiones de riqueza ni de fama, sólo me ocupa un deseo, que es el de poder un dia gozar con vosotros en el retiro del triunfo de la patria y de la libertad.»

Esta carta respiraba la gravedad, la tristeza y el desinterés de los pensamientos de Vergniaud. Boyer-Fonfrede y Ducos, sus dos jóvenes amigos, dilataban sus almas en confianzas semejantes que tenian con sus amigos de Burdeos. «El departamento de la Gironda—escribia entónces Ducos—debe mucho al celo y á la actividad de este excelente jóven (Fonfrede, su cuñado y amigo). Si continúa, como espero, marchando con paso firme por el mismo camino, toda la república le deberá grandes obligaciones. ¿Por qué, amigo mio, me llamas silencioso? Si tu reconvenccion es porque me separo de la tribuna, te responderé que cuando se tiene poco respeto por su propia razon y mucho amor á la causa pública, se quiere más trabajar, hablar y servir, que presentarse. He tratado de prestar algunos servicios, nunca de obtener aclamaciones; he satisfecho poco mi amor propio, pero he contentado algunas veces mi conciencia. Además, mi salud, débil siempre desde el mes de Setiembre, no me ha dejado el uso de mis facultades, no diré oratorias, sino discutidoras, y tú sabes que los pulmones de Duchesne son más poderosos en una Asamblea que la misma razon con una voz chillona y aguda.»

Fonfrede escribia por aquel entónces á su padre: «Estamos rodeados de traidores y sitiados por intrigas. Sieyes, Brissot y Condorcet, nuestros amigos, son las únicas cabezas de Francia capaces de darnos una buena Constitucion. Conoceis el talento, el patriotismo y la probidad de Vergniaud; yo le veo de cerca, y os aseguro que es la gloria de la Convencion. Es tan inaccesible á toda seduccion como á todo temor; sólo le conozco un defecto, que es un poco de apatía en el carácter, y alguna propension á desanimarse. Guadet, hombre de gran talento y de un sublime valor, se inmortalizó el 10 de Agosto; su vida responde bien á las calumnias que le han prodigado. Grangeneuve es el patriotismo en persona; su cabeza se enciende demasiado pronto, pero alumbra ardiendo. Gensonné es un hombre que tiene recursos, discute bien; tuvo algun tiempo la pasion de gobernar, pero esta pasion se ha extinguido en él.»

Brissot, por último, afiliado por sus jóvenes amigos entre los patriotas del Mediodía, se quejaba á ellos en estos renglones, hallados entre los papeles de la

Gironda: «Los enemigos de la verdadera libertad me llenan de amargura. Sostengo dia y noche un penoso combate contra los hombres que han jurado la pérdida de la república. Nuestras convulsiones no han llegado á su término; la faccion de la anarquía toma consistencia, y ahora nos será difícil vencerla. Lo he dicho desde el origen de esta Convencion: es la tercera revolucion que tenemos que hacer, la revolucion de la anarquía. Amigos míos, perseverad: conocisteis que sólo el orden



Louvét.

y la ley pueden garantir la libertad. En medio de las tormentas que nos rodean aquí, y que agitan la ciudad en que os escribo, es un dulce consuelo para mí contemplar la tranquilidad de que gozáis. Es la apología más elocuente del sistema de república que deshonran las disensiones y el despotismo de Paris».

## X

Vergniaud, Ducos, Fonfrede, Grangeneuve, Condorcet y Sieyes hablaban todas las noches de la situacion de la república en casa de una mujer notable por su talento y por su republicanismo, á quien los diputados de la Gironda habian sido recomendados por su banquero de Burdeos. Casada con un hombre rico,

habitaba el barrio de la Chaussée-d'Antin, no lejos de la casa en que Mirabeau habia muerto, despues de haber intentado, como los girondinos, moderar y constituir la revolucion; pero el metal en fusion no toma las formas sino al irse enfriando, y la revolucion aún hervia. Parecia que aquellos hombres ignoraban que les quedaban demasiados esfuerzos que hacer fuera para que la sobreexcitacion de sus fuerzas no prolongase sus convulsiones. En aquella reunion, Condorcet era sentencioso; Vergniaud, elocuente con aquella elocuencia tranquila y filosófica que cae de lo alto sobre las tempestades, como si la palabra pudiese calmarlas juzgándolas; Fonfrede y Ducos, ardientes, temerarios y graciosos como la inexperiencia y la juventud; Sieyes, profundo, conciso, luminoso, nutrido de lo mejor de los historiadores antiguos, lanzando del fondo de su taciturnidad habitual rayos de prevision que iluminaban el porvenir. «Hombre de una intuicion soberana, cuando Sieyes hablaba,—nos dice la mujer que presidia aquellas conversaciones,—me parecia que una inteligencia superior se levantaba en mi alma, y me hacia comprender lo que me parecia incomprendible ántes que él hubiese hablado.» Los girondinos escuchaban á Sieyes con respeto. El prestigio de la Asamblea constituyente y de la amistad de Mirabeau le rodeaba á sus ojos, le aconsejaba las más varoniles empresas. Inflexible como un principio, no contaba por nada las dificultades del dia, los obstáculos ni los peligros que sus planes suscitarian. Abstraído como un oráculo, promulgaba sus axiomas y desdeñaba discutirlos. Purificar los comités legislativo y ejecutivo de la Convencion, expulsar los demagogos, anónadar á Robespierre, seducir ó abatir á Danton, reprimir á la municipalidad, concentrar veinte mil hombres escogidos en los departamentos para rodear la Convencion y sujetar al pueblo, arriesgar un dia contra los arrabales, apoderarse de la casa de la ciudad, aquella Bastilla del despotismo popular, concentrar el poder en un directorio republicano, lanzar á Dumouriez en Bélgica y á Custine en Alemania, hacer temblar todos los tronos, todas las teocracias y todas las aristocracias del continente por su existencia, negociar secretamente con Prusia é Inglaterra, salvar á Luis XVI y su familia, guardarlos en rehenes hasta la paz, y condenarlos despues á un ostracismo eterno; tales eran los planes con que Sieyes adulaba é inflamaba á los girondinos.

Tras estos planes republicanos, y en la sombra de sus últimos pensamientos ó de sus reticencias, se ocultaba quizá un trono constitucional y el advenimiento de una dinastía revolucionaria; pero estaba muy lejos de dejarlo entrever á los girondinos. Sieyes, que habia sido el alma de la Asamblea constituyente, de la que Mirabeau era la palabra, esperaba volver á tomar su ascendiente sobre las opiniones y sobre los negocios por medio de Vergniaud.

«Este Sieyes es el topo de la revolucion,—decia Robespierre incomodado.—El abate Sieyes no se presenta, pero no deja de trabajar en los subterráneos de la Asamblea: todo lo dirige y todo lo embrolla; levanta la tierra y desaparece; crea las facciones, las pone en movimiento, las impulsa unas contra otras, y él se conserva separado para aprovecharse más tarde, si le son favorables las circunstancias.»

Condorcet, Brissot y Vergniaud no tenian preocupaciones contra la monarquía, y el disgusto que causaban las convulsiones populares principiaba á inclinar sus ánimos hácia la concentracion de la autoridad pública. Pero sólo el nombre de trono era una injusticia en los oídos de los hombres del 10 de Agosto, y el odio

fanático á los reyes era casi toda la política de los jóvenes diputados de la Gironda. Para ellos, el grito necesario era la república ó la muerte.

Fonfrede, hijo de un negociante de Burdeos y él negociante también, tenia sólo veintisiete años. Habia pasado su juventud en Holanda, donde habia respirado la antigua tradicion republicana de aquellas provincias unidas, donde la riqueza y la libertad han nacido la una de la otra. Fonfrede, despues de volver á Francia, se habia casado con una joven hermana de Ducos, que servia de nudo á aquellos dos amigos y á aquellos dos hermanos: vivian, amaban y pensaban juntos. Ricos y establecidos en Paris, daban hospitalidad á Vergniaud. Su entusiasmo revolucionario les llevaba mucho más lejos que á él. Vergniaud permitia á su republicanismo las lágrimas por la suerte de los reyes y de los emigrados; Fonfrede y Ducos tenian la exaltacion de jóvenes jacobinos.

Los otros girondinos, Petion, Buzot, Louvet, Salles, Lasource, Rebecqui, Lantinas, Lanjuinais, Valazé, Durand de Maillane, Feraud, Valady, el abate Fauchet, Kervelegan y Gorsas, se reunian más habitualmente en casa de madama Roland. No tan ardientes como Fonfrede, Ducos y Grangeneuve, ménos prudentes que Vergniaud, arreglaban sus actos por el interes de su partido más que por la emocion de su alma. Triunfar de los jacobinos disputándoles á todo precio la popularidad, quitar á Danton y á Robespierre los pretextos de que se valian para acusar á los moderados de realismo, ahogar á Marat en la sangre de Setiembre, removida sin cesar para sublevar la indignacion de la Convencion, crear y guardar en su poder una fuerza armada y un poder ejecutivo, introducir en masa á sus amigos en los comités, y unir la mayoría á sus intereses por hilos que la mano de Roland haria mover, era todo su plan. Sin duda que los intereses de la patria entraban mucho en sus pensamientos; pero confundian fácilmente la ambicion de su partido con el interes de la república. Tal es el peligro de las reuniones de este género, republicanas ó parlamentarias: el de cambiar en el alma de los mejores ciudadanos el patriotismo en faccion, y el de reducir el imperio á las proporciones de una opinion. Por el contrario, una parte del poder de Robespierre consistia en que se comunicaba sin cesar con la multitud de la sala de los Jacobinos, mientras que los girondinos se encerraban en su propia atmósfera. La única ventaja de las reuniones en casa de Roland era la de disciplinar al partido girondino, imprimir el mismo espíritu á sus periódicos, y dirigir con una mano invisible los sufragios de la Convencion sobre los nombres de sus amigos para los comités. Con esta táctica gobernaban los comités por los jacobinos, pero Robespierre gobernaba el espíritu público: ambos lados conocian que la victoria quedaria al partido más popular; por consiguiente, era la popularidad lo que se disputaba. Ambos partidos la buscaban por todas partes.

## XI

Los jacobinos, en este momento creian encontrarla en el Temple. Aquel de los dos partidos, segun ellos, que declarase por sus actos el odio más irreconciliable al trono y que sirviese mejor al resentimiento y á la venganza de la nacion entregándole la cabeza del rey, adquiriria un título tal á la confianza y daria una prenda tal á la república, que la nacion y la república se le entregarían. El precio de la

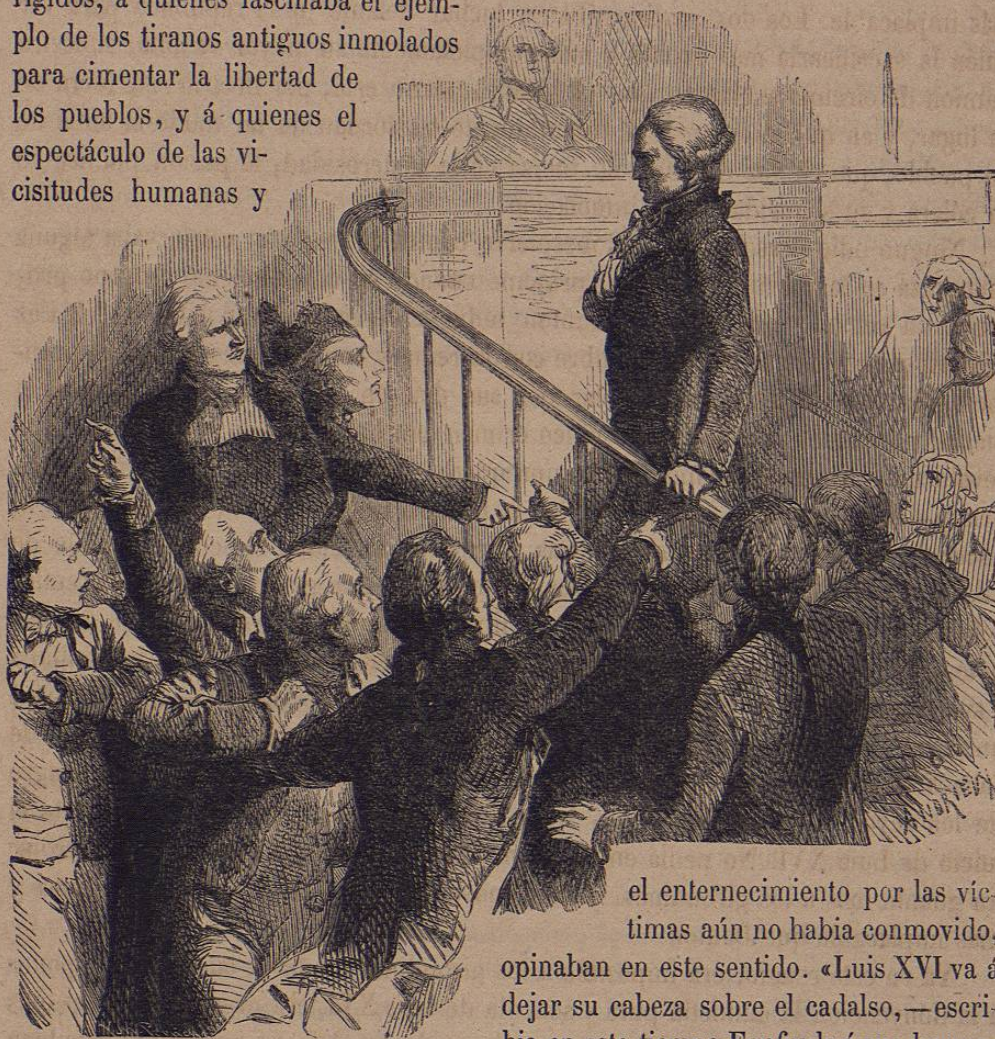
cabeza de Luis XVI era la dictadura. La ambicion no regatea, y el miedo aún ménos; luego aquel de los dos partidos que rehusase dar esta prenda á la república, descubriría con sólo este hecho su inclinacion á la supersticion por el trono, y esta duda se reputaria como complicidad. Confesar compasion por un rey era lo mismo que declararse hostil á la república, y la patria no queria ni enemigos ni amigos dudosos. Rehusarle su venganza era desconocerla; por consiguiente, la rivalidad de los partidos se cifraba en una cabeza, debiendo quedar el imperio al más implacable. Los dos partidos iban á luchar delante de la república para ver quién la sacrificaría más pronto y más completamente su mayor víctima; siniestra reunion de circunstancias en que el ideal humano está, por decirlo así, fuera de su lugar, y en que el terror y el resentimiento trastornan de tal modo el alma de un pueblo, que en vez de cifrar su fuerza en la generosidad, la pasion pública ve su cólera y su seguridad en la inmolacion.

Ningun odio personal tenia Robespierre contra el rey; aún conservaba alguna esperanza en las virtudes de aquel príncipe cuando su advenimiento al trono prometia un reinado á la filosofía. Danton hubiera deseado salvar á Luis XVI. Las misteriosas relaciones de este hombre con la reina y con madama Isabel, las promesas que les habia hecho de velar por sus dias en medio de sus enemigos, la piedad por aquel príncipe, cuyo único crimen era haber nacido en una época de revolucion, con escaso genio para comprenderla, demasiado clemente para combatirla y demasiado débil para dirigirla; la ternura por sus hijos, que hallaban al nacer un crimen en su nombre y una prision en su cuna; el secreto orgullo de salvar una familia coronada, el pensamiento político de guardar aquellos grandes rehenes, y de hacer de su vida y de su libertad un objeto de negociacion con las potencias extranjeras, todo inclinaba á Danton á ser moderado; y no lo ocultaba á sus amigos íntimos. «Las naciones se salvan, pero no se vengan,—dijo un dia á un grupo de franciscanos que le criticaban porque no insistia sobre el proceso de Luis XVI.—Yo soy revolucionario, pero no una bestia feroz; no deseo la sangre de los reyes vencidos. Dirigios á Marat.» Y hasta para Marat era indiferente el juicio de Luis XVI. No pedia en sus periódicos se juzgase al rey sino para arrojar un guante más á los girondinos, y para mostrarse más político que Robespierre y más implacable que Danton.

Ya en este estado, era imposible á los girondinos eludir la cuestion. Proponer á la Convencion la amnistía pura y sencilla de Luis XVI, era presentarse á los ojos del pueblo irritado como traidores, que sólo perdonan al tirano para restituirle bien pronto la tiranía. Su partido se dividia en dos opiniones sobre esta cuestion. Condorcet, Vergniaud, Roland, Lanjuinais, Brissot, Sieyes, Petion y Fauchet tenian una repugnancia invencible á levantar el cadalso de un rey á la entrada de la república. La equidad, la justicia, las fórmulas del juicio, la magnanimidad y la generosidad protestaban en su corazon; no desconocian, como hombres ya experimentados en las exigencias de las revoluciones, que esta concesion de la sangre de Luis XVI no haria más que traer tras sí la necesidad de otras, y que una república nacida en el combate del 10 de Agosto, inaugurada con la sangre de Setiembre, y sancionada á sangre fria con un suplicio, no prometia más que el terror en la nacion, y sólo imprimiria la repulsion fuera. Se inclinaban á disputar á la nacion el derecho de juzgar al rey, reconociéndole al mismo tiempo el de vencerle y

ponerle preso. A sus ojos, habia en Luis XVI un vencido, pero no un acusado, en el pueblo un vencedor, mas no un juez, y en el suplicio una venganza, mas no una necesidad.

La otra opinion, aunque participando del horror de la sangre y confesando la inutilidad de aquella muerte despues del combate, miraba á Luis XVI como un criminal de lesa nacion, á quien ésta tenia el derecho de castigar para venganza del pueblo y para ejemplo de los reyes. Fonfrede, Ducos, Valazé y otros espíritus rígidos, á quienes fascinaba el ejemplo de los tiranos antiguos inmolados para cimentar la libertad de los pueblos, y á quienes el espectáculo de las vicisitudes humanas y



Robespierre sube á la tribuna (sesion del 5 de Noviembre, 1792).—Pág. 182.

el enternecimiento por las víctimas aún no habia conmovido, opinaban en este sentido. «Luis XVI va á dejar su cabeza sobre el cadalso,—escribia en este tiempo Fonfrede á sus hermanos de Burdeos.—Este acontecimiento, muy sencillo en sí mismo, mirado por

cada uno de nosotros bajo distintos aspectos, es esperado tambien de diverso modo por cada uno. Un resto de supersticion mezclado á yo no sé qué inquietud sobre el porvenir, hace que le teman algunas almas escrupulosas; pero el mayor número lo desea, y la libertad y la igualdad lo mandan tanto como la *justicia* universal. El sacrificio es grande. ¡Condenar un hombre á la muerte! Mi corazon se conmueve y gime; pero el deber habla, y hago callar á mi corazon. La pena es justa, muy justa; no quiero más garantía de ello que la seguridad de mi conciencia. Algunos miembros de la Asamblea creen que sería útil se sobreseyese hasta la paz; esto sería una medida á medias, y no valdria nada; nos perdemos si nos

asustamos de nuestro valor. En el momento en que los potentados de Europa se ligan contra nosotros, les ofrecemos el espectáculo de un rey ajusticiado.»

«Nosotros queremos dirigir la revolucion, de miedo que nos envuelva,—añadían los girondinos de este partido,—y para dirigir una revolucion es necesario estar á la cabeza de la pasion que la impulsa. Esta es la de la libertad: la libertad quiere vengarse y defenderse, y el pueblo no estará seguro de ser libre sino cuando haya pasadó sobre el cadáver de un rey. La víctima es culpable, no hay ningun crimen en inmolarla. Los Jacobinos, los Franciscanos, la municipalidad, el partido patriota de la Convencion, los clubs, los periódicos y las peticiones de los departamentos nos mandan juzguemos al enemigo de la nacion. Si resistimos á esta voz del pueblo, nos desconocerá y se entregará en masa á Robespierre, Danton y Marat, y nuestra compasion será nuestro crimen. El cadalso del rey será el trono de su faccion, y nosotros perecerémos sin salvar la cabeza de Luis XVI; dejarémos el imperio á los malvados, y nuestro fatal escrúpulo habrá perdido la revolucion. Guardemos nuestra sensibilidad para nuestras mujeres y nuestros hijos en la vida privada, llevando sólo á los negocios públicos la inflexibilidad de los hombres de Estado. Algunas veces se salvaron los imperios con una gota de sangre: jamás con las lágrimas.»

## XII

Se prolongaron mucho tiempo estas dudas entre las dos facciones de la Gironda, cuya unidad amenazaban romper; pero Sieyes las concilió. Hombre sin odio y sin amor, sólo miraba los negocios con la razon, repugnándole tanto como á Vergniaud se juzgase á un rey á quien ya la victoria habia juzgado, y no reconocia en la Convencion ni el derecho ni la imparcialidad necesaria para un juicio. Sólo veia en inmolar á Luis XVI uno de esos actos de cólera nacional que más tarde hacen avergonzarse á los pueblos que los miran á sangre fria, y que salpican con manchas de sangre la cuna de su libertad. Sieyes esperaba que la reflexion y la justicia conducirian durante el tiempo de un largo proceso el sentimiento público á la opinion del ostracismo, único juicio y suplicio de los poderes caidos; pero Sieyes, que tenia la sangre fria de la inteligencia, no tenia la intrepidez del alma. La política y la timidez le impedian tomar partidos absolutos, y se reservaba siempre la posibilidad de transigir con el miedo y de sufrir la necesidad de las circunstancias. Sus opiniones eran más bien avisos que resoluciones. Aconsejó, pues, á sus amigos los girondinos que prorogasen la dificultad con términos medios que dejasen á cada uno su libertad de opinion sobre el juicio del rey, y que volviesen á enviar al pueblo el fallo definitivo y en última apelacion. De este modo, los girondinos conservarían el crédito necesario para su influencia en la Convencion; hablaría y votaría individualmente cada uno segun la exaltacion de su patriotismo ó la magnanimidad de su moderacion, sin que la opinion de ninguno de los miembros del partido pudiese caracterizar la opinion del partido mismo. Las opiniones en el juicio serian individuales; pero una vez dado el fallo, todos estarian de acuerdo en pedir que este fallo fuese revisado por el pueblo soberano, y de este modo pondrian á cubierto su responsabilidad. Esto fué lo que se llamó *apelacion al pueblo*. El proceso fué resuelto con la reserva de esta medida, que tranquilizaba la concien-

cia de los unos, ponía al abrigo la popularidad de los otros, y concedía á las circunstancias, no la cabeza, sino el juicio del rey. Concedido el proceso por el imperio de un resentimiento nacional que tres meses no habian podido calmar, y bajo la amenaza de los ejércitos extrajeros que impulsaba al pueblo á medidas desesperadas, era fácil prever que ningun partido podria salvar la víctima.

## XIII

Ni Robespierre, ni Danton, ni Marat, ni los girondinos tenían sed de la sangre de Luis XVI, ni creían en la utilidad política de su suplicio; aisladamente, cada uno de estos hombres y cada uno de estos partidos hubiese libertado al rey; pero cara á cara y luchando para ver cuál era más patriota y más republicano entre ellos, estos partidos y estos hombres levantaban el guante que se arrojaban mutuamente. Todos hubieran preferido no hubiese tenido lugar tal reto; pero una vez hecho, el que retrocediese era perdido, y dejaba, no sólo su popularidad, sino su vida en manos del otro; iban á herirse ó defenderse á través del cuerpo del rey. No era ninguna faccion, ninguna opinion, ningun hombre quien inmolaba al rey, sino el antagonismo de todas estas opiniones y de todas estas facciones. Su proceso venía á ser el campo de batalla de los partidos; su cabeza no era el despojo, sino el signo aparente y cruel del patriotismo. Ninguno quería dejar este signo á sus adversarios, y en esta lucha, el rey debía caer bajo las manos de todos.

Una vez adoptado este partido, los girondinos, y Roland sobre todo, quisieron apresurarse á quitar este pretexto de turbulencia y division en la república. Dueños del comité de legislacion, hicieron que se encargase primero á Valazé y despues á Mailhe el relato á la Convencion de los *crímenes*, y despues el juicio del rey. Querían quitar á Robespierre la iniciativa de la acusacion, é imprimir un carácter judicial al proceso del rey, para que la lentitud y la solemnidad de las fórmulas diesen tiempo á la sangre fria y la justicia y al cambio de la opinion en favor de la clemencia.

Hizo Valazé esta primera relación, largo catálogo de los *crímenes* de Luis XVI. Danton se levantó despues de la lectura de esta relacion, y pidió su impresion y el estudio profundo de todos los autos y de todas las opiniones que tuviesen conexión con aquella gran causa. La oculta intencion de eludir la discusion con los trámites de la instruccion se manifestaba á las claras en las palabras de Danton. «En semejante materia,—decía,—es necesario no ahorrar los gastos de impresion. Toda opinion que pareciese sensata, aunque sólo contuviese una buena idea, debe publicarse. La disertacion del relator sobre la inviolabilidad no está completa, y habrá muchas ideas que añadir á ella. Fácil será probar que los pueblos tambien son inviolables, que no hay contrato sin reciprocidad, y que es evidente que el ex-rey ha querido violar, vender y perder la nacion francesa, y es de eterna justicia que se le condene.»

Petion y Barbaroux hicieron igualmente proposiciones contemporizadoras, al mismo tiempo que cubrian como Danton su secreta humanidad con imprecaciones contra la conducta del rey.

La impaciencia real ó fingida con respecto al juicio de Luis XVI agitaba tambien las secciones, los periódicos, los Jacobinos y los Franciscanos; oradores erran-